

PREGON DE SEMANA SANTA.

Villoria, 12 de Abril de 2025

Jesús María López Herrera

Buenas tardes a todos y muchas gracias por estar aquí. Gracias también a Antonio Lucas que fue quien me propuso para dar el PREGON DE SEMANA SANTA DE VILLORIA de este año.

Espero y deseo que este pregón sirva para que todos juntos podamos recordar con verdadero sentido cristiano los acontecimientos más importantes de nuestra vida de Fe.

El verdadero motivo por el que nos declaramos cristianos o creyentes es porque creemos qué tras la Pasión y Muerte de Jesucristo, Dios Padre lo resucitó.

Si esto no hubiera ocurrido, no hubiera existido el “cristianismo” que surgió a partir de ese momento, y por lo tanto, no existiría la Iglesia, que Él fundó, y por la que estamos aquí.

Como nunca he escuchado ni asistido a ningún pregón de de Semana Santa, lo he preparado como me ha parecido y lo he estructurado en tres partes:

- Una primera parte, de presentación personal y de anuncio del mensaje de esperanza que nos trae la Semana Santa.
- Otra segunda parte, breve, sobre los recuerdos que tengo de imágenes o actos que vivíamos en Semana Santa en Villoria cuando era pequeño.
- Y otra tercera parte, para mí, la importante, en la que hago algunas reflexiones sobre el sentido y significado que tienen para mí, algunos de los actos y ceremonias o palabras de Jesús, que celebraremos esta semana.

Bueno, creo que todos, o casi todos, me conocéis, aunque la mayor parte de mi vida, desde los 13 años, en que salí del pueblo para estudiar, prácticamente no he vuelto a residir aquí; la verdad es que he pasado a lo largo de los años muchas temporadas de vacaciones cuando vivían nuestros padres. Y desde que fallecieron, suelo venir todo lo que puedo porque es aquí donde más a gusto estoy y donde mejor me encuentro.

Villoria es mi pueblo y del que presumo por ahí, alardeando con humor, de que Villoria es la capital de Salamanca. Vamos, el pueblo más importante de la provincia de Salamanca.

Nuestros padres, somos siete hermanos, y gracias a Dios, todos vivimos, fueron Manolo y Masita. También vivía con nosotros la abuela Justa, hermana del tío Alejandro, del fraile José Antonio Carrasco, carmelita descalzo en San Benito (Valladolid) y de la madre Emiliana Carrasco, también carmelita descalza del convento de Peñaranda de Bracamonte.

Lógicamente, con esas referencias, es fácil imaginar cómo fue nuestra educación y cómo desde pequeños, nuestra familia fue transmitiéndonos la fe, que para mí, desde luego, creo que fue la mejor herencia que pudieron dejarnos.

En Villoría, pasé por las escuelas de D. Otilio, D. Antonio y D. Ciriaco y luego un año en el Instituto de Babilafuente, cuando íbamos un montón de chavales de Villoria y de Villorueta en bicicleta. Allí hice el primer curso del entonces Bachiller.

A partir de ahí, mis padres con la recomendación de mi tío fraile, dijeron que yo tenía que ir a estudiar a los Jesuitas, así que con 13 años, y con todo el sacrificio del mundo, me enviaron al Seminario Menor de Comillas, en Cantabria, donde ya estaba un descendiente de Villoria: Miguel Angel Bueno Avila (hijo de Florián y Juliana). Allí estuve 3 años y luego en el Colegio San José de Valladolid, para hacer el Bachiller Superior, otros 3 años, hasta COU.

Ya por entonces a mí lo que me gustaba eran las chicas, la música moderna y el fútbol, así que dejé a los jesuitas, con los que siempre me sentiré muy agradecido, y me vine a Salamanca. Me licencié en Filosofía en la Universidad de Salamanca, y como no me atraía la idea de ser profesor, al terminar, dejé de estudiar y empecé a buscarme la vida.

Hace ahora 40 años, ya casado, nos fuimos a Madrid, y allí he estado trabajando hasta ahora, ya jubilado.

A mi familia y a la formación recibida de los jesuitas, les debo el hecho de que la fe enraizara en mí, y la verdad es que durante toda mi vida he estado convencido que Dios ha guiado mis pasos en todos los momentos o etapas más importantes de mi vida. Siempre he percibido que cuando he tenido miedo por algo o tenido dificultades, éstas han desaparecido, bien porque en el fondo no existían, o bien, porque Dios las había removido.

Claro es, que cuando uno es joven dedica mucho tiempo y energía, primero a estudiar y divertirse, y luego a ganarse la vida, al trabajo, a los hijos, vacaciones, viajes, fiestas, etc., y no es que uno desconecte de Dios, pero sí que, aunque sabes que está ahí, no siempre lo tienes tan presente.

Ahora ya, y a medida que uno va reduciendo las energías en ganarse la vida, cada vez es más fuerte la certeza, la convicción y la total seguridad, de que efectivamente la fe es el más firme pilar en el que asentar el sentido de la vida y pienso realmente que soy muy afortunado de haber tenido la gran suerte de haber conocido a Dios.

Eso hace que, por ejemplo, cuando llega la Semana Santa, de alguna manera siento que tengo una cita con mi pueblo y vengo a Villoria para participar al menos en alguno de los actos que celebramos aquí. Salvo en casos de fuerza mayor, creo que no he faltado nunca al Vía Crucis de la mañana del Viernes Santo, y si he podido, también a la Procesión de la noche.

Bueno, mañana, con el Domingo de Ramos, comienza la Semana Santa, y se nos invita a los cristianos a que nos adentremos en la semana que condensa y rememora los acontecimientos más importantes que sucedieron hace ya más de dos mil años y culmina con el Domingo de Resurrección.

A todos los cristianos se nos convoca a caminar juntos, en comunidad, este sendero de fe, reviviendo y celebrando todos unidos los distintos actos y ritos que rememoramos desde mañana, con la entrega de los ramos, el Jueves Santo, con la celebración de la Última Cena y la Hora Santa; el

Viernes Santo, con nuestros Vía Crucis, los Oficios de la tarde, y la Procesión de la Soledad, que con tanto fervor recorreremos por nuestras calles; la Vigilia Pascual en la noche del Sábado Santo, y por fin, el mensaje de esperanza que trae el Domingo de Resurrección.

Como sabéis, este año 2025 es un año jubilar. El papa cada 25 años convoca el jubileo ordinario en Roma. El lema del jubileo de este año santo 2025 que ha convocado el Papa Francisco es “Peregrinos de esperanza” y al documento de la Bula lo ha titulado “LA ESPERANZA NO DEFRAUDA” (en latín “Spes non confundit”) bajo el signo de la esperanza con el que San Pablo infundía aliento a la comunidad cristiana de Roma.

En dicho documento escribe “... en el corazón de toda persona anida la esperanza como deseo y expectativa del bien, aun ignorando lo que traerá consigo el mañana porque la imprevisibilidad del futuro hacen surgir a menudo sentimientos contrapuestos: de la confianza al temor, de la serenidad al desaliento, de la certeza a la duda ..., así, muchas personas viven desanimadas como si nada pudiera ofrecerles felicidad”. ... Y necesitamos una felicidad que se realice definitivamente en aquello que nos plenifica, es decir, en el Amor que no defrauda y del que nada ni nadie podrá separarme jamás”.

Porque como dice San Pablo: *“tengo la certeza de que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni lo presente ni lo futuro, ni los poderes espirituales, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra criatura podrá separarnos jamás del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, muerto y resucitado por el que hemos sido salvados y tenemos la certeza de que la historia de la humanidad y la de cada uno de nosotros no se dirigen hacia un punto ciego o a un abismo oscuro, sino que se orientan al encuentro con el Señor de la Gloria.”*

Ya el Concilio Vaticano II afirmaba que cuando faltan ese fundamento divino y la esperanza en la vida eterna, la dignidad humana sufre lesiones gravísimas – que es lo que hoy con frecuencia sucede – y los enigmas de la vida y de la muerte, de la culpa y del dolor, quedan sin solucionar, llevando con frecuencia al hombre a la desesperación.

Por todo ello, debemos vivir esta Semana Santa con la esperanza cristiana de que el Camino de la Cruz, que culmina en la Resurrección de Cristo no es un mero optimismo, ni una gracia barata o una reacción psicológica positivista, sino el fruto de la Pasión, Muerte y Resurrección de Jesucristo.

Yo guardo buenos recuerdos de cuando era pequeño del tiempo de Cuaresma y de Semana Santa en Villoria, a pesar de la férrea disciplina que sufríamos entonces.

De chico, lógicamente no te das cuenta del sentido y significado de las distintas ceremonias que celebramos en Semana Santa, solo te queda el recuerdo de cosas que se te quedan grabadas en la memoria para siempre

Yo fui monaguillo de Don Pedro y me acuerdo que durante la Cuaresma, los viernes enfilábamos la calle que viene desde las escuelas hasta la Iglesia para rezar el Viacrucis conducidos por los maestros, siempre vigilantes desde los últimos bancos, en nuestro caso, en el lateral de la derecha para controlar quien se movía o hablaba, y luego, “premiarle” en la escuela.

Éramos un montón de monaguillos y los domingos de Cuaresma por la tarde se rezaba el rosario, y a continuación el Viacrucis.

Lo mejor era el momento en el que tras terminar el Rosario, Don Pedro decía “Santo Viacrucis por la señal.... “ en ese momento los monaguillos que nos apretujábamos en los bancos a los dos lados del altar, echábamos a correr en un auténtico sprint a por la Cruz o las velas. Todos queríamos llevar algo, no recuerdo si era por la propina que nos daba Don Pedro o porque nos gustaba presumir, que nos vieran las chicas. Recordad que por entonces, las chicas tenían sus escuelas y los chicos las nuestras, por lo que no convivíamos juntos.

También me acuerdo que había algún viernes que por la noche, creo que era el Viernes de Dolores, es decir, tal que ayer, se cantaba en latín el MISERERE: “Miserere Mei, Deus Secundùm magnam misericordiam tuam.” del Salmo 51 “ Misericordia, Dios mío, por tu bondad por tu inmensa misericordia borra mi culpa, lava del todo mi delito”

A mí me gustaba mucho la musiquilla del órgano de Claudio y la voz que lo cantaba, que creo que era del Sr. Agustín.

Luego ya de la Semana Santa, tengo grabadas algunas imágenes que no he olvidado, como:

La imagen de Don Pedro en el lavatorio de los pies el Jueves Santo. La de los madrugones que le tocó que hacer a mi padre para venir a velar al Santísimo como miembro de la Cofradía que fue hasta su muerte, y por quién, tras su fallecimiento, yo me decidí a tomarle el relevo y entrar a formar parte de esta magnífica Cofradía del Santísimo Sacramento, también conocida como de “Minerva”.

Del toque de carracas, con las que los monaguillos recorríamos las calles convocando a los oficios en la tarde del Viernes Santo y la curiosidad de ver, al comienzo de los oficios del Viernes Santo, al sacerdote tumbado boca abajo delante del altar. Por la noche: el rezo del Rosario y el Sermón de la Siete Palabras, que normalmente decía un predicador que venía de fuera y la Procesión de la Soledad, siempre vivida en Villoria con gran fervor y devoción, con nuestros cinco preciosos pasos de: Jesús Nazareno, Cristo Crucificado, la Piedad, el Cristo Yacente (o sepulcro) y la Virgen Dolorosa.

Del Sábado Santo, recuerdo el toque de campanas anunciando la Resurrección de Cristo. Y del Domingo de Resurrección, la procesión del encuentro, ya festiva, antes de la de la misa del gran Domingo de Pascua.

Y ahora ya, quiero pararme ahora para hacer algunas reflexiones sobre el significado de alguno de los mensajes o actos que escuchamos y vivimos en este tiempo de CUARESMA Y SEMANA SANTA.

Hasta llegar hasta aquí, hemos tenido cuarenta días desde el miércoles de ceniza, en los que la Iglesia nos propone la **conversión** para llegar bien preparados a la Semana Santa.

Para ello nos sugiere la práctica del ayuno, la oración y la limosna:

Del Ayuno: recuerdo el potaje que hacía mi madre los viernes de Cuaresma y en Semana Santa.

Pero lo importante no es tanto comer más o menos carne y comer pescado o verduras, sino expresar nuestra solidaridad con los que sufren las carencias de la vida. Es una llamada a valorar lo que uno tiene y a no perder de vista

las carencias de nuestro mundo para no convertir en nuestro único criterio de decisión: lo que me gusta, lo que me satisface o lo que me llena.

La Oración es importante siempre, pero en Cuaresma se nos recuerda especialmente que debemos rezar. No hacen falta muchas palabras ni recitar oraciones conocidas. Santo Tomás de Aquino, uno de los más grandes teólogos de la historia, confesaba al final de su vida haber aprendido más de rodillas delante del Sagrario que en todos los libros de Teología.

Basta con contarle a Dios tus deseos, tus anhelos, tus miedos, lo que te preocupa, todo, busca respuestas, y ya verás como en tu interior, te responde.

En el mismo instante en que te decidas a buscarle, verás que ya habrás sido encontrado por él mismo.

Pero sin olvidar, como Jesús en la Oración del Huerto, que la oración debe concluir con un ... *“pero que no se haga mi voluntad, sino la tuya”*. Porque sabemos que la voluntad de Dios es mucho mejor que la nuestra y El solo quiere nuestro bien.

Y la conversión también puede venir a través de la Limosna:

Parece que dar limosna inmediatamente nos hace pensar en dar unas monedas a alguien que pide, eso está bien, pero no es solo eso. La limosna habla de gratuidad, de generosidad.

Vivimos con otros y en ocasiones esos otros están heridos, fatigados, abatidos, y esperan de nosotros, unas veces pan, pero otras, es solo un poco de paz o palabras de consuelo.

En definitiva, cuando se nos dice que es tiempo de conversión, no se trata de dejar de ser quien eres. Es, más bien, que vaya cuajando la mejor versión de uno mismo, aquella en la que uno es capaz de abrirse al prójimo con más libertad, de amar más de verdad, de perdonar y de hacer presente a Dios con fe.

Y tras la Cuaresma, que termina hoy, entramos de lleno en la Semana Santa.

Empieza la Semana Santa con el **DOMINGO DE RAMOS**, en este día todo es fiesta y alegría, pero es significativo que se proclamen en este día a la vez dos pasajes del evangelio muy contrapuestos: la entrada triunfal de Jesús en Jerusalén y la lectura de la pasión (este año que estamos en el ciclo C, se lee la Pasión según San Lucas).

Es un modo de decir, que aquellas expectativas triunfales no se cumplirán tal y como las creíamos. Los mismos que hoy gritan “Hosanna al Hijo de David” dentro de unos días pueden gritar “Crucifícale”. Así de manipulables somos los hombres, bien sea por dinero o por poderes que dicen conducirnos.

Y, desde el Jueves Santo al Domingo de Resurrección es lo que se llama el “Triduo Pascual”, que en resumen es una condensación de los aspectos más fundamentales y determinantes del evangelio en la vida de Jesús.

En el JUEVES SANTO celebramos:

El acto de servicio del lavatorio de los pies: Es quien siendo el primero, se ciñe la toalla a la cintura, lava los pies a los suyos y les invita a hacer lo mismo.

Es una llamada a vivir desde esa lógica. En un mundo en el que el gran éxito de la vida es ser servido, la llamada a lavar los pies polvorientos del amigo, en definitiva, una llamada a servir a los demás, resulta, cuando menos, una provocación.

Celebramos también el día del amor fraterno: También el Jueves Santo celebramos el día del amor fraterno, como Jesús con sus discípulos, nos sentimos amigos, no siervos. Compartimos una misma mesa y con ese gesto todos nos sentimos hermanos e hijos de un mismo Padre.

Y es ahí, en la última Cena, donde recordamos la institución de la Eucaristía: Dice Rodríguez Olaizola, que le gusta pensar que la Pasión comenzó con una fiesta. Realmente se juntaban a cenar los que habían compartido durante tres años de un modo más cercano con Jesús los caminos, anécdotas, historias, nombres, y aprendizaje, y ahora se trataba de compartir con ellos la celebración de la Pascua de una manera más íntima y confidencial en ese momento en que las circunstancias ya eran amenazantes.

Jesús, lo vemos muchas veces en los evangelios, fue un hombre al que le gustaba celebrar la vida, recordad aquello de “amigo de comilones y bebedores”, que le llamaron algunos.

Pero lo realmente importante de esta cena, es donde San Juan, su discípulo amado, ubica además del discurso de Jesús sobre el amor y la amistad, el gesto de partir y repartir el vino y el pan, relacionándolo con su propia persona y la institución de la nueva alianza: Es el darse sin reservas, es el sacerdocio de Jesús en que la entrega es de uno mismo.

El Señor toma apariencia de cosa para servirnos de comida: Dios se convierte en alimento y nos deja la Eucaristía no porque lo merezcamos, sino porque lo necesitamos.

A pesar de nuestras torpezas e ingratitudes inventó la Eucaristía para quedarse con nosotros y ser alimento en nuestro camino.

Desgraciadamente, hay mucha gente, incluso cristianos declarados, que ha dejado de venir a misa, porque sienten que ya no les dice nada, que siempre es lo mismo, o como dice algún refrán: la misa y el pimiento son de poco alimento.

Pero claro que la misa es “un banquete”, pero no es un banquete como el que te sirven en un restaurante, se trata de otro banquete mucho mejor, es la comida que no alimenta el cuerpo, sino el alma. Recordad aquellas palabras de Jesús cuando le tienta el diablo: *“No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de Dios”*.

Debemos saber que cada vez que comulgamos, Dios está en mí, lo tengo dentro.

Terminamos el Jueves Santo con la Hora Santa.

Aquí podemos evocar la agonía de Jesús en el Huerto acompañándole en esa situación límite. Le vemos en la tesitura de huir o seguir, de rebelarse o de ser coherente con todo lo que ha estado proclamando a lo largo de su vida.

Recordad cuando en su oración le dice al Padre, “si es posible que pase de mi este cáliz, pero que no se haga mi voluntad sino la tuya”.

Su respuesta valiente y decidida, es un reto para nosotros y una llamada para nuestros propios dilemas, cuando tenemos que optar en situaciones complicadas y nos sentimos urgidos a algo difícil.

Es un rato para orar, para pedir a Dios la gracia, la fuerza y capacidad de amar a nuestro prójimo, saliendo de nosotros mismos, de nuestro egoísmo, y mirar al otro, aguantar en la adversidad y hacer las cosas porque salen profundamente del corazón, aunque cuesten.

EL VIERNES SANTO:

Es un día triste, desolador, viendo a Jesús juzgado por los poderes religiosos y políticos de la época, abandonado por muchos de sus amigos, aquellos que le decían a Jesús que estarían dispuestos a beber el Cáliz que Él habría de beber. En esto ha quedado el poder se sentarse a la derecha y a la izquierda de Jesús, como le pedían los ingenuos zebedeos.

Ese día acompañamos a Jesús en su dolor en el **Vía Crucis**, camino de la Cruz. A veces nos sentiremos queriendo ser como el Cirineo que ayuda a Jesús a llevar la Cruz, a veces como la Verónica que seca el rostro de Jesús. O tal vez estemos escondidos entre la muchedumbre, temerosos de ser señalados como amigos de este criminal sin delito.

Quizás, sintamos el dolor y el abandono en el que parece estar sumido Jesús. O incluso, podemos reconocer nuestras propias cargas, algo a lo que el mundo de hoy no prepara para vivir.

Por la tarde, en los Santos Oficios de la tarde escuchamos el relato de Pasión según San Juan, su apóstol amado, el que estaba junto a María al pie de la Cruz, y por tanto, testigo fiel de todo lo que allí aconteció.

Y a continuación, hacemos la Adoración de la Cruz. Es un momento muy emotivo cuando el sacerdote presenta la cruz y proclama: “Mirad el árbol de la Cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo, venid a adorarlo”. Como los israelitas en el desierto miraban la serpiente y quedaban curados de sus picaduras mortales, también nosotros podemos quedar, a la vez heridos y curados:

Heridos al darnos cuenta de la indiferencia con la que contemplamos tantas cruces en las que están clavados hermanos nuestros en muchas ocasiones por nuestra falta de solidaridad o perdón; y

Curados, por ese amor loco de Dios, que lo ha dado todo, hasta darse a sí mismo por nosotros.

El teólogo González Faus, dice que a quien adoramos en la Cruz es al Crucificado, no a un trozo de madera, ni hacemos reverencia a un instrumento de muerte, los cristianos no somos masoquistas. La cruz no es un invento cristiano, es un invento humano.

La Cruz la vemos constantemente en iglesias, tatuajes, cadenas de oro, películas... Pero, ¿la entendemos realmente? ¿O solo la llevamos puesta? Quizá la tenemos tan vista que parece que ya no tiene nada nuevo que decirnos. Pero **la cruz es mucho más que sufrimiento. Es pasión, desafío, es entrega y también esperanza.**

Todos pasamos a lo largo de nuestra vida por muchos momentos de dolencias, enfermedades, problemas familiares, paro, violencia, soledad, problemas económicos, depresiones, etc., en los que tenemos que cargar con alguna cruz: la alternativa es llevarla con Cristo o llevarla sin Cristo. Pero llevar, hay que llevarla.

Normalmente se nace llorando, no se suele morir cantando, y en medio, hay de todo para todos.

Y algo debe tener el sufrimiento humano, que no acabamos de entender, cuando Dios, ni a su Hijo ni a su Madre les ha librado de él.

Pero al final, como escribía San Pablo a los cristianos de Roma que eran perseguidos y martirizados: *“Estoy convencido de que los padecimientos del tiempo presente no son comparables con la gloria futura que se ha de manifestar en nosotros”*.

¡Qué estimulante y consoladora resulta esta visión de que el dolor y la dificultad se pasan, se acaban, pero el fruto dura!

Para los creyentes, después del sufrimiento: LA GLORIA!

También, desde la Cruz, Jesús perdona incluso a sus verdugos. Nuestros pecados podrán ser enormes, pero la bondad y misericordia de Dios son aún mayores.

Dios siempre quiere perdonarnos y que quedemos tranquilos.

Dios perdona todo y del todo. Eso sí que es una amnistía total: olvido para siempre.

Pero, lógicamente, hay dos condiciones básicas: una es el reconocernos pecadores y arrepentidos, y la otra, que nosotros perdonemos a quien nos haya podido herir de cualquier forma o por el motivo que fuere.

Es decir, nosotros tenemos que dar el paso para que Dios nos perdone.

Hay una frase muy famosa del padre Jorge Loring que dice: ***“Dios pone su casi todo, tú pones tu casi nada, pero Dios no pone su casi todo, si tú no pones tu casi nada”***.

El ver el amor de Jesús muriendo en la Cruz por el pecado de los hombres tiene que mover a nuestro corazón al arrepentimiento. El perdón de nuestros pecados ya está ganado: nos lo ganó Jesucristo muriendo en la Cruz

Como decía un sacerdote: el Señor nos acertó la quiniela, y lo único que tenemos que hacer es ir a cobrarla. Pero claro, tenemos que ir. Y, eso es la confesión.

Como dice San Agustín: *“Dios que te creó sin ti, no te salvará sin ti”*.

Nosotros, que somos pecadores, nos sentimos bastante más limitados para el perdón. Hay que ver cómo nos cuesta perdonar cualquier cosa que nos hacen, o que creemos que nos hacen, y aun cuando perdonamos, no somos capaces de olvidar.

(J.A. Pagola) La dificultad para el perdón es innegable. Hay heridas que otros te infringen que se convierten en puñales muy difíciles de borrar, pero a pesar de todo es posible perdonar, es más, el perdón libera a quien lo concede, que lógicamente es la víctima, y, desde luego, es a quien más bien hace el perdón, pues lo libera del mal y le hace crecer en su dignidad.

El verdadero cristiano tiene que perdonar siempre, hasta 70 veces 7 le dice Jesús a Pedro.

Y como decía el gran orador francés, muy famoso, Henri Lacordaire *“¿quieres ser feliz un momento? Véngate. ¿Quieres ser feliz siempre? Perdona.*

En la Cruz, Dios está abrazando, y ese abrazo es el perdón para todos.

.

También desde la Cruz, Jesús agonizante en la cruz nos confió a su madre. Tenemos una madre en el Cielo, al lado de Dios, que solo en la otra vida nos daremos cuenta de lo que supone tener por madre a María, la misma madre de Dios. Nuestra gran abogada defensora.

Acostumbrarse a tener algún detalle con la Virgen, a rezar el Avemaría, que es la oración más sencilla y contrastada, es un seguro de vida eterna.

Monseñor Francis Trochu, gran historiador y estudioso de la vida y milagros del Santo cura de Ars (San Juan María Vianey) cuenta una historia de una mujer muy piadosa que estaba casada con un señor alejado de la práctica religiosa. El estaba enfermo del corazón y la mujer no dejaba de rezar constantemente por él.

Ella solía poner flores a una imagen de la Virgen que tenía en su casa. El las cortaba en el jardín y se las daba a su esposa, sabiendo perfectamente a quien iban destinadas.

El hombre se murió repentinamente y la esposa, atormentada, cayó enferma. La idea de la condenación de su marido la trastornaba.

Al fin, aunque vivía lejos, pudo hacer un viaje a Ars. Vestida de riguroso luto, esperaba entre los peregrinos, profundamente afligida. Pasó por delante de ella el Santo cura de Ars, y sin darle tiempo a hablar palabra, le dijo en voz baja: ¡esta salvado!, ¿cómo? ¡Le digo que está salvado! ¿Se ha olvidado Vd. de los ramos de flores que su marido cortaba para la Virgen?

Impresionante. La esposa puede olvidarse, pero la Virgen no lo olvida, Cualquier pequeño detalle, ella no lo olvida.

Y además, habiéndole pedido tantas veces a lo largo de los años que ruegue por nosotros “en la hora de nuestra muerte”, ¿cómo va a olvidarnos en ese momento?

Terminamos el VIERNES SANTO con la Procesión de la Soledad. Quizás sea el acto que, junto con el Vía Crucis de la mañana, con más fervor y sentimiento se viven en Villoria a lo largo del año.

El **Sábado Santo**, sigue siendo un día de luto, de tristeza y silencio hasta que en esa noche sucede el acontecimiento más importante para los cristianos: la Resurrección de Jesús.

En la celebración de la noche del Sábado Santo se enciende el Cirio Pascual, que simboliza la luz de Cristo resucitado. Se leen varios pasajes del antiguo y nuevo testamento y se bendice el agua en la pila bautismal con la que los fieles renovamos las promesas que recibimos en nuestro bautizo.

Y ya por fin, el DOMINGO DE RESURRECCION: Es el día más grande del año para nosotros los cristianos en el que nos congregamos para vivir el mensaje de esperanza y resurrección que nos trae el Domingo de Pascua.

Dice San Pablo que si Cristo no hubiera resucitado seríamos los más desgraciados de los hombres.

Y efectivamente, si no fuera por la fe en la Resurrección de Jesús, el Viernes Santo no dejaría de ser un asesinato más, uno de tantos.

Hasta sus discípulos, a pesar que Jesús les había dicho en multitud de ocasiones todo lo que le iba a pasar y que resucitaría al tercer día, no descubrieron el sentido de todo lo sucedido hasta que no le vieron resucitado de entre los muertos.

Como ellos, igual nosotros, hemos de leer todos los relatos de Jesús a la luz de la Resurrección y dejarnos guiar por el Espíritu Santo, que es quien nos lleva hasta la verdad completa que se encierra en Jesús, y que nos recuerda sus palabras ***“Yo soy la Resurrección y la Vida, el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que cree en mí no morirá jamás.”***

San Juan dice: El que cree en Jesús tiene la vida, no sólo en la realidad presente, sino como plenitud futura.

El cristianismo nació de aquí. No es una ideología, ni un sistema filosófico, sino que es un camino de fe que parte del acontecimiento más grandioso acaecido en la historia de la Humanidad: LA RESURRECCIÓN DE JESUS.

Jesucristo es el único hombre que ha sido capaz de partir la historia en dos mitades: antes de Cristo y después de Cristo. Hoy en cualquier pueblo de la tierra, a la hora de colocar los sucesos de su historia en los almanaques del tiempo, hay que tomarle a Él como punto de referencia, y además, su doctrina es patrimonio de la Humanidad.

Los creyentes nos fiamos del testimonio de los que creyeron habiendo visto: Magdalena, Pedro y Juan, los de Emaús, Tomás, los que estaban en Pentecostés, Pablo y un montón de hermanos suyos a los que Jesús se les apareció después de la muerte en la cruz.

La mayoría de ellos entregaron sus vidas antes de negar lo que habían vivido, y siempre confirmaron y ratificaron la divinidad de Jesucristo, a pesar de las horribles torturas a las que fueron sometidos en su ejecución.

Es de imaginar que si realmente no lo hubieran visto y vivido, no serían tan idiotas de no haber matizado o cambiado su declaración si con ello quedaban libres y se salvaban de tan terribles martirios.

Y tras ellos, los testigos que “vieron”, tantos otros testigos: hombres y mujeres que a lo largo de la historia han creído, han buscado y han caminado, no como borregos supersticiosos, sino como gente que, desde su honestidad intelectual, desde su experiencia vital y desde sus anhelos más profundos, siguen arriesgándose a creer, convirtiendo el Evangelio en la buena noticia para todos los que quieran recibirla.

Ahora somos nosotros, los cristianos actuales, los que debemos ser portadores de esa gran noticia, ser testigos del Resucitado con nuestros gestos, nuestras acciones, nuestras palabras, nuestra vida.

Si somos fieles, nuestras obras interpelarán a otros y quizás los conduzcan hacia Cristo, porque la huella de Jesucristo va impresa en lo más profundo de nuestro ser.

Todos los hombres tenemos incrustados en lo hondo de nuestro ser los sentimientos que nos llevan a amar, a ser buenos y a hacer el bien. Como

dice San Pablo en la carta a los cristianos de Roma: *“El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones con el Espíritu Santo que se nos ha dado”*.

Escribía Pío Baroja, hombre poco religioso, que lo que realmente *“le asombraba de los hombres no era el ingenio de muchos, ni la memoria por grande y portentosa que alguien tuviera, ni que haya grandes calculadores; lo que más me asombra es la bondad, y esto lo digo sin el menor asomo de hipocresía”*.

Realmente es muy difícil saber lo que es Dios y describirle, pero para mí personalmente, más que el hecho de que todo lo que vemos, es una inmensa prueba de su existencia, la más clara y concluyente de todas, es ese amor que Dios nos regala, que dice San Pablo, y que es el que hace que nosotros amemos, que seamos bondadosos y que, en general, hagamos el bien.

Los que creemos en Dios realmente hacemos un acto de fe y sobre ella edificamos de alguna manera nuestra vida.

Los que no creen en Dios están haciendo igualmente un acto de fe: creen que no existe.

No saben, simplemente creen, y sobre esa fe cimentan su existencia.

En definitiva, el hombre está condenado a creer, puede escoger lo que quiera creer, pero es mucho más razonable y estimulante creer que Dios existe, que creer que no existe.

Con Dios se explica todo. Sin Dios no se explica nada y nada tiene sentido.

Dios es el amor, la felicidad, la alegría, por eso estar lejos del Señor, es estar lejos de la dicha. Como decía Juan Pablo II a un hombre que llevaba tiempo apartado de la vida de fe *“¡qué mal se está cuando se está lejos de Dios!, Vuelve”*.

Desde aquí, propongo que esta Semana Santa no sea para nosotros solo un recuerdo, sino un renacer en la fe.

Que salgamos a la calle con el corazón encendido, que cada oración, que cada imagen nos acerquen más al verdadero significado de la Pasión:

AL AMOR SIN LÍMITES, AL SACRIFICIO REDENTOR Y A LA VERDADERA ALEGRIA DE LA VIDA NUEVA EN CRISTO RESUCITADO.

Que nuestro caminar sea testimonio vivo del Evangelio y pregón de esperanza para cualquier necesitado, porque Él vive, y en Él, vivimos nosotros.

¡Viva la Semana Santa! y ¡Viva Cristo, muerto y Resucitado!